



Año I

Núm. 9

SUMARIO

La agricultura y la caza de codornices, por E. Iba.—La veda caprichosa.—Nuestros cazadores: D. Pablo Arranz y López, por Erre.—Mi excursión veraniega, por M. Morales.—Novísimo procedimiento para capturar ranas.—Nueva adhesión.—Crónicas de caza, por Erre.—Una excursión pasada por agua, por Un cazador novel.—Hojeando pergaminos: El Centenario de Jovellanos, por Ruy López.—Un buen filón.—Cazaderos.—Queja.—Junto á la hoguera: Entre breñas, por Guillermo J. Athy.—Tiro de pichón en Toledo.—Consultorio jurídico de Caza y Pesca.—Sección bibliográfica.—Noticia.

LA AGRICULTURA Y LA CAZA DE CODORNICES

Sabido es que las codornices no hay que buscarlas en los montes, sino en los campos cultivables, que son su verdadero sitio de residencia, por encontrar allí medios adecuados para su vida: alimentos, agua y defensa en los cultivos.

Es la codorniz una ave de paso que no perjudica en lo más mínimo á la agricultura, sino, por el contrario, resulta beneficiosa, porque destruye ciertos insectos que dañan á las plantas.

Esta gallinácea verifica dos posturas: una en primavera y otra en verano, haciendo sus nidos generalmente en los sembrados de cereales de invierno, y con especialidad en los de trigo, por los cuales tiene gran predilección.

La segunda postura, ó sea la de verano, casi siempre se pierde, porque generalmente, antes de que nazcan los polluelos, se verifica la siega de los trigos, y claro es que, al practicar dicha operación, se destruyen los nidos, ya sea por los segadores, ó bien porque las hembras los aborrezcan al verlos desprovistos de toda defensa.

Es indudable que la codorniz, como las tórtolas, vencejos y golondrinas, es ave de paso; pero también es cierto que, así como las tórtolas, vencejos y golondrinas desaparecen por completo durante el invierno, las codornices suelen encontrarse con frecuencia todo el año, aun en aquellos meses más fríos, lo cual nos prueba que algunas de ellas son estadoras, y, por tanto, propias de nuestro país, en donde nacen y viven siempre, sin cambiar de lugar.

Ahora bien; este hecho, comprobado perfecta-

mente por la experiencia, de que tenemos codornices propias de nuestro país, que no salen de él pará nada, es preciso que se tenga muy presente para el día en que se reforme la ley de Caza.

Es preciso que nos vayamos convenciendo de que la caza de codornices en el mes de Agosto es la destrucción de esta especie, porque no puede negarse que en dicha época hay muchas hembras en postura y otras cuidando á sus pequeños polluelos, y claro es que, si se matan dichas hembras, se perderá gran cantidad de codornices.

Además, la caza de codornices en Agosto ofrece graves inconvenientes, no siendo el menor el peligro que corren las perdices y demás caza, porque es ilusorio creer que la voluntad de los cazadores se sobrepondrá al deber que tienen de respetarlas. Dudamos que haya alguien que se contenga ante otra pieza que no sea codorniz, y no dispare y la vuelque si puede, aunque luego lo sienta, por resultar, por ejemplo, una perdiz hembra que estaba en postura ó que tenía polluelos, y que, al faltarles los cuidados de la madre, se mueren, perdiéndose así un bando de diez ó doce perdices.

Necesario es, ciertamente, que la ley de Caza ampare y defienda, con mayor energía que hoy, la procreación y conservación de aquellas especies de animales que entran á constituir una riqueza pública tan importante para un país, como es la caza, y, sobre todo, para el nuestro, que reúne tan excelentes condiciones para la producción de dicha riqueza.

Pero conceptuada la caza de codornices desde el punto de vista de la agricultura, que es lo que aquí me interesa exponer, debo decir que dicha caza es verdaderamente deplorable para los cui-

tivos agrícolas, sobre todo en el mes de Agosto, en que están muchas cosechas en pie, las cuales pueden sufrir considerablemente si no hay el cuidado de respetarlas y de que los perros tampoco penetren en ellas.

El grano de trigo está maduro y se desprende fácilmente de la espiga á cualquier movimiento brusco; se comprenderá, pues, perfectamente la gran cantidad de semilla que se pierde con las violentas sacudidas de las plantas. También sufren perjuicios los maizales, las remolachas, patatas, cebollas, ajos y otra porción de plantas que constituyen cosechas muy importantes.

Hemos expuesto estas ideas inspirados en el cariño que profesamos á la agricultura.

Pero como también tenemos afición á la caza, comprendiendo sus excelencias para la salud, en concepto de compañeros y amigos de los cazadores, á ellos nos dirigimos con el ruego, que seguramente será atendido, de que eviten por todos los medios á su alcance los daños señalados, y no extrañen, si así no lo hacen, las justas quejas de los labradores.

Cazadores y labradores deben ser sinceros aliados para defensa mutua de sus intereses que son comunes, porque son los de la riqueza patria, á la cabeza de la cual debe colocarse la madre agricultura.

E. ILLA

15-8-911.

LA VEDA CAPRICHOSA

La ignorancia de unos cazadores y el exceso de prudencia de otros viene siendo causa de que se tolere una costumbre contra la que nos proponemos luchar en estas columnas hasta lograr su desaparición, pues realmente va contra los aficionados de buena fe y á beneficio de los privilegiados de la influencia política ó del dinero.

Felizmente, no se halla muy generalizada, pues los puntos donde aquélla se advierte están en minoría, pero hemos tenido ocasión de observar que en todas ó casi todas las provincias hay dos ó tres pueblos que anualmente fijan á capricho la fecha de la apertura de veda.

La ley de Caza establece claramente la de 1.º de Agosto para las codornices, tórtolas y torcaes; pero, esto no obstante, existen monterillas que, acostumbrados á hacer su santa voluntad en lo que consideran *feudo* suyo desde su designación para el cargo, acuerdan enmendar la plana á los legisladores y, haciendo caso omiso del precepto legal, varían á voluntad la época de la caza.

Y no es que puedan alegar el daño que los cazadores hagan en los trigos si éstos no se han segado, pues generalmente, por temor á estos perjuicios y á sus consecuencias y aun por egoís-

mo, pues resulta molestísimo, tanto para el hombre como para el perro, no suele el aficionado á codornices buscarlas entre las espigas, sino que aguarda á que estén levantadas las cosechas y es entonces cuando caza. Lo que sucede es que algunos alcaldes, por compromisos políticos, ó, más claramente dicho, por adular al cacique local y en ocasiones á personajes de verdadero relieve social, cuando no es por corresponder á determinados favores de Juan Particular, prescinden en absoluto de la ley y fijan la fecha, que coincide con la llegada á las vegas en cuestión de los favorecidos.

No hace muchos días ocurrió en uno de los pueblos de la provincia de Soria un incidente que hubiese terminado en el Juzgado y seguramente á satisfacción del cazador, si el que lo promovió, que es guarda jurado, no se convence (quizá lo estuviera antes de la cuestión) de que trataba de cumplir una orden á todas luces injusta é ilegal, impidiendo la caza de las codornices en el término municipal á unos caballeros que, provistos de sus correspondientes licencias y después de levantada la veda, pretendían en terrenos libres hacer uso de un derecho que á nadie perjudicaba, pues los trigos y avenas por donde caminaban aquéllos estaban ya segados y recogidos. Por suerte tratábase de ciudadanos conocedores de las leyes, y con toda la energía que dan la razón y el derecho cuando están de nuestra parte, protestaron de la tentativa del guarda y de la orden del alcalde, haciéndoles saber que estaban dispuestos á no pasar por semejante arbitrariedad, como, en efecto, así ocurrió, pues cazaron cuanto les vino en gana.

Pero éste y cuantos incidentes análogos producen la ignorancia ó la mala fe de los monterillas, revelan que no existe en ciertos individuos el respeto á la ley, y, por consecuencia, que no basta al cazador ir provisto de licencia, sino que debe conocer á perfección todos sus derechos, y ya que tanta traba y obstáculo va encontrando en el ejercicio de este *sport*, cada día más difícil y lleno de deberes para el pobre, sepa que él tiene el deber de no tolerar el atropello de los preceptos vigentes á cuyo amparo sale al campo.

Por nuestra parte, ya lo hemos dicho, estamos dispuestos á laborar por que terminen semejantes abusos, llegando, en la defensa de los intereses del cazador, hasta el límite que nos marque lo que consideramos deber ineludible.



Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

D. Pablo Arranz y López

Pablito, como cariñosamente le llamamos los amigos, ocupa por derecho propio un lugar en nuestro periódico, porque es un verdadero cazador.

Dice el refrán que *de tal palo tal astilla*, y con respecto á nuestro biografiado tiene perfecta aplicación, pues su padre fué un notable cazador.

De él aprendió Pablito, y puede asegurarse que mejoró las enseñanzas, porque no es posible llegar á más de lo que ha llegado en el arte cinegético.

Afición y entusiasmo sin límites, piernas de bronce, ojo de águila, vivacidad de ardilla; con tales condiciones no es de extrañar que haya dominado completamente las dificultades de la caza.

No le arredra obstáculo alguno. Siempre está dispuesto á lanzarse al campo, en persecución de la caza.

A toda ella hace, sea de la clase que fuera: conejos, liebres, perdices, codornices agachadizas.

Domina el tiro en unos términos, tiene tal precisión y seguridad, que causa verdadera admi-

ración á sus compañeros. Para complemento de estas circunstancias, hasta le acompaña el *don de la oportunidad*. Se halla siempre en el sitio por donde ha de pasar la pieza huída de otros cazadores, para que él le dé muerte.

Modesto como el que más, nunca hizo alarde de su superioridad en el campo; pero es tan notoria, que todos la reconocen sin reservas.

Bien puede asegurarse, aun á riesgo de herir su modestia, que es la primera escopeta que sale al campo.

Cada una de sus expediciones es un éxito.

En las estaciones de ferrocarril, donde se reúnen los cazadores para el regreso, siempre se espera la partida que capitanea Pablo, para admirar su manejo, porque es el más grande y variado de todos.

No descorazona nunca. Va siempre animando á sus compañeros é infundiéndoles la esperanza de que más adelante mejorará el día. ¡Cuántas veces le hemos oído asegurar que, á la traspuerta de tal ó cual cerro, encontraríamos las perdices y haríamos una buena escabechina!

Y, con efecto, si no en aquel en-

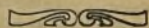
otro, siempre se hace algo; pero contribuyen los ánimos que infunde Pablo. Jamás pierde la esperanza, y, claro es, conduce á los demás con verdadera ilusión, que es uno de los principales elementos que no debe olvidar el cazador



Amigo de todos, merece el cariño que le profesamos por sus simpatías y bondades.

ERRE

(Fotografía de Gombau.)



MI EXCURSIÓN VERANIEGA

*Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido...*

FRAY LUIS DE LEÓN

Recitando *in mente* las notables estrofas de Fray Luis de León, que aprendí de memoria cuando niño, salí de Madrid una calurosa tarde del mes de Agosto, en busca de descanso y dispuesto á sembrar la desolación y el exterminio entre las diferentes especies de caza que se crían en un delicioso monte toledano.

El viaje fué largo y penoso. Unas horas en ferrocarril de vía estrecha, otras muchas en diligencia con trasbordo y poco menos de una en carro, y... cuando la luna llena vertía sus pálidos reflejos sobre las blancas rastroyeras, donde se escuchaba el monótono cantar de grillos y alacranes, penetré en los añosos encinares del monte, turbando la paz de mochuelos, lechuzas y alcarabanes, que con siniestros gemidos lanzaban sus lúgubres cánticos á la plácida noche.

Llegué á la casa enclavada en la meseta de un pequeño cerro y fui recibido con grandes muestras de júbilo por el tío Mariano, guarda y administrador de la finca, de recia complexión, entrado en años, y tan temeroso de la hidropesía, que hasta se lava la cara con vino, *amen* del que se ingiere con harta frecuencia, pero sin que por ello pierda su habitual buen humor y claro entendimiento.

Las frecuentes livaciones del tío Mariano incomodan y exasperan á su mujer, la tía Gregoria, que es mi segunda madre, tales con sus cuidados y atenciones para conmigo.

También habita aquella casa una rubia de ojos azules, tan grandes y tan hermosos, que, si no ofendiese su natural rubor, afirmaríala que no tienen semejanza. Es una belleza rústica que competiría con fortuna con la más hermosa cortesana.

Esta deliciosa muchacha es hija de la tía Gregoria y del tío Mariano y hermana de Antonino, que, aunque pasa de los treinta años, es una verdadera criatura, á quien el Sumo Hacedor concedió clarísimo entendimiento para suplir la falta de vista que perdió en sus primeros años.

Esta es la familia que convive conmigo en este apartado lugar de la región toledana, en la blanca casita enclavada en la meseta de un pequeño cerro y á la que llegué cuando la luna se encontraba en el punto medio de su carrera.

Desenfundé mi escopeta de caza, saqué de sus fundas mis rifles y carabinas de alta precisión,

coloqué mis pertrechos en orden, clasifiqué las municiones y tomé posesión de mi mullido lecho. La natural fatiga del viaje y lo avanzado de la hora necesitaban reposo.

Al siguiente día salí de exploración por el monte, sin perdonar cerro ni valle, é indagué de unos y otros la cantidad y calidad de la caza que moraba por aquellos contornos.

Las lluvias de Junio y Julio destruyeron bastantes nidos; pero, á pesar de ello, abunda la perdiz, aunque sus polladas, en general, apenas vuelan, por ser segundas crías.

Los conejos se han reproducido mucho más que en anteriores años y encuentran abundantes pastos, y las liebres se refugian en las viñas, donde las cazan con lazo los mismos guardas.

Se quejan unos y otros del poco respeto á la ley, sobre todo por parte de los habitantes del pueblo de Portillo, quienes, como tribus errantes, asaltan los campos, cogen las tórtolas con centenares de ballestas, cazan con galgos en cuadrilla y por dondequiera que van destruyen y exterminan cuanto ven y cuanto se pone á su alcance.

La Guardia civil, que no descansa ni un solo instante y en particular la del puesto de Acicoyar, les persigue sin descanso, pero son infructuosos sus esfuerzos, pues no se entregan fácilmente, corren con la celeridad de los galgos que llevan.

No entra en sus cálculos que la destrucción de un nido de perdiz, que para nada les sirve si no es para capturar á la hembra, les ha de privar de las diez, doce ó catorce perdices que á su debido tiempo pudieran cazar empleando buenas artes.

Nunca se ha sentido tanto como ahora la creación de una guardia rural que, de acuerdo y con la cooperación de la Guardia civil, persiguiese tan criminales infracciones é hiciese respetar la veda...

Sería ardua empresa reseñar una por una las diarias excursiones cinegéticas que aquí he realizado y las que me propongo realizar antes de volver á la corte, y sólo voy á referir una fiesta típica que presencié en el pueblo de Fuensalida, distante de este monte poco más de media legua.

Era el día de la Virgen de Agosto, y, como fiel cristiano, fui á oír misa á aquel lugar.

Llegué al pueblo, caballero en un borrico, y á requerimientos é insistencias de mis buenos amigos los hermanos Antonio, Ildefonso y Felipe García, me instalé en su casa, hermosa finca de labrador rico, donde me trataron á cuerpo de rey y donde conocí á un compañero de abogacía de fino y exquisito trato.

Visitó á la respetable y virtuosa señora doña María Isabel y á sus encantadoras hijas, cuya amabilidad y exquisito trato jamás olvidaré. Son unas perfectas señoritas, educadas con todo refinamiento.

Sus innumerables hermanos Cosimiro, Venan-

cio, Bernardino, Francisco, Valentín, Pedro, etc., etcétera, son modelos de laboriosidad y de inteligencia. Son unos perfectos caballeros.

Se pasó el día en una amplia dependencia de la casa de los hermanos García y en una huerla de los mismos propietarios, disparando balazos con mis armas de alta precisión, haciendo primores de puntería.

Llegó la noche, y después de una succulenta cena, acompañado del alcalde, don Venancio Moreno, y de las autoridades á sus órdenes, me dirigí á la plaza del pueblo, donde se quemó una vistosa colección de fuegos de artificio á los acordes de la banda del lugar, que agoló todas las piezas de su repertorio, con gran contento de mozos y mozas, que bailaban incesantemente alrededor de una enorme hoguera mantenida con grandes ramas de encina.

Entre los disparos de los cohetes y los estampidos de los morteros, á la luz de bengalas de diferentes colores apareció un lienzo con la imagen de la Virgen; la banda entonó la Marcha Real y todos nos descubrimos emocionados.

Terminada la fiesta, asaltamos la casa del alcalde, donde estuvimos cantando al piano, tocado primorosamente por doña Amalia, la señora de la primera autoridad del pueblo, una baturra encantadora, amabilísima y de una esmerada educación.

Su marido es un alcalde que pudiera servir de modelo. Ha conseguido que no existan en el pueblo partidos políticos. Suprimió los Consumos antes de la aprobación de la ley, substituyendo el impuesto equitativamente y sin la menor protesta. Ha embellecido el pueblo, y en los cinco años que lleva al frente del Municipio recabó el cariño y el respeto de aquellos lugareños, que le adoran.

Se lamentaba conmigo de la incuria, del abandono en que se encuentra el trozo de carretera que une á Fuensalida con la estación de Villamiel, camino frecuentadísimo por carros y carretas que conducen vino y cereales para embarcarlos en el ferrocarril. Carretera que, á pesar de tener en ese trozo cuatro peones camineros, se encuentra en lamentable estado, haciéndose intransitable en el invierno.

Mucho es el tesón de don Venancio, mucho su cariño hacia el pueblo, y habrá de conseguir que ese frecuentadísimo camino sea transitable por ser caso de utilidad pública...

La del alba sería cuando abandoné la casa de don Venancio, llevándome de ella el grato recuerdo de tan alegre velada.

M. MORALES

Monte de Fuensalida, 19 Agosto 1911.



Novísimo procedimiento para capturar ranas

Para capturar ranas, cuyas ancas constituyen un plato excelente para quien guste de ellas, he visto emplear un nuevo procedimiento.

En primer lugar es necesario que exista una charca ó laguna que tenga ranas, pues si carecen de ellas el procedimiento no da resultado alguno, según afirma Pero Grullo.

Se necesitan, además, dos hombres: uno que lleve un cesto de los que se emplean para recolectar la uva, y ha de ser precisamente un cesto, porque muy pocos hombres se prestan voluntariamente á llevar la cesta, y otro sujeto portador de una gruesa antorcha encendida, porque apagada constituiría un estorbo.

El hombre de la antorcha se remanga los pantalones y se introduce en el agua, y va recorriendo las orillas del charco ó laguna. Las ranas se asombran de la luz y del buen humor del que la sostiene, y este estupor de la rana lo aprovecha el hombre del cesto para capturarla.

Esta operación se realiza de noche, porque de día la antorcha solar no produce ni el menor asombro á las ranas.

NUEVA ADHESIÓN

La importante Sociedad «Círculo de Cazadores de Crevillente», presidida por D. Salvador Semper, y de la cual forman parte distinguidos aficionados de aquella localidad, ha manifestado su adhesión á nuestra «Asociación general de Cazadores y Pescadores de España», enviándole el Reglamento por que se rige, encaminado á procurar el fomento y reproducción de la caza, conteniendo para ello disposiciones muy eficaces, como son, entre otras, la prohibición absoluta de cazar la hembra de perdiz, el señalamiento por la Sociedad del tiempo en que crea oportuna la caza de la tórtola y la codorniz, la destrucción de animales dañinos, etc., etc.

Reciba nuestro más cordial saludo dicha Sociedad.



Crónicas de caza

El 1.º de Septiembre.—Declaración oficial de guerra contra todas las especies de caza.—Los conejos, liebres, perdices, etc., sienten los mortíferos efectos de dicha declaración.—A los vedados y á lo libre.

Proponfame hablar en esta crónica, como completa,

mento de las anteriores, de la forma de cazar la codorniz para obtener mejores resultados, porque vengo observando que todos somos maestros en nombre y en teoría, pero no llegamos á malos aprendices en la práctica.

Hay, sin embargo, y Dios les conserve muchos años la vida y las energías físicas que les permitan dedicarse á la caza, verdaderas autoridades en ella. Pero lo que saben, que es mucho, lo reservan, no por egoísmo, sino porque forman rancho aparte, y sus enseñanzas, que pudieran ser útiles para los aficionados noveles, no se extienden más allá de algún hijo ó próximo pariente, y de tarde en tarde, porque siempre es un estorbo para los buenos aficionados la compañía de un principiante.

He tenido la fortuna de cultivar la amistad de muchas de estas autoridades en la materia, y lo que de ellas oí, aunque desgraciadamente no aprendí por mi torpeza, lo referiré en sucesivas charlas, para que cada cual se apropie lo que mejor le parezca.

No empiezo desde luego, porque se ha echado encima el 1.º de Septiembre, y la solemnidad de este día para los cazadores y la índole de mis escritos me llama á la actualidad del momento.

Lo ansiaba la mayoría, en la errónea creencia de que va á aumentar la diversión, ya que no la han conseguido, según dicen, con la codorniz. Entran por mucho en estos deseos los del tamaño de las piezas, olvidando los grandes atractivos que la codorniz, á pesar de ser pequeña, ofrece para el verdadero aficionado, tanto más cuanto los meses de Septiembre y Octubre son los verdaderamente indicados para esta clase de caza.

No lo son, en cambio, sobre todo el primero,

para conejos y perdices. Las crías de unos y otras no se han desarrollado lo suficiente para defenderse con todos sus bríos. Además, el calor los acobarda, y mueren más que por la estrategia del cazador, por la falta de medios de defensa.

Así vemos que un perro un poco ágil se queda con gran número de piezas de pelo en la primera arrancada ó en la misma cama; que los pollos de perdiz mueren acochinados en los zarzones, en los huecos de las tapias ó en cualquier otra guarida en que se refugiaron por no poder levantar el vuelo, y si lo levantan lo hacen de modo tan premioso y lardo que difícilmente pueden errarse.



Buena cobra

En tales condiciones, el ejercicio de la caza por afición y con arte, se convierte en matanza de carne, más propia del cazador de oficio que del amante de las bellezas cinegéticas.

Condeno, pues, la fecha en que se levanta la veda para toda clase de caza. Debiera, á mi juicio, prolongarse hasta 1.º de Octubre para conejos, liebres y perdices.

Nada digo de los aficionados al ojeo, que desde el primer día empiezan á practicarlo y no lo dejan hasta el 15 de Febrero.

De esta forma, no de cazar, sino de exterminar, nos ocuparemos en otra ocasión, para clasificar á sus partidarios en el lugar que les corresponde, fuera del verdadero arte de cazar, aunque sus prosélitos, que cada día son más, por las razones que veremos, invoquen y se apoyen en las dificultades de la perdiz en ojeo, etc., etc.

Aplazo el asunto para otro día y vuelvo al 1.º de Septiembre.

La afluencia á las estaciones de ferro carril es aún mayor que el 1.º de Agosto.

Los incidentes que relatábamos en este día aumentan, y las caras de todos se muestran más satisfechas por la esperanza del enorme botín de caza que tienen en perspectiva.

Los afortunados mortales que se dirigen á los vedados miran con cierto orgullo á los que van á lo libre.

Cuentan aquéllos, y no acaban, las excelencias del momento, por noticias del arrendatario que les cedió las acciones, y que les aseguró, una y mil veces, como corresponde á su interés, que la cría ha sido enorme, que hay conejos á millares y que se mafan poco menos que á sombrerazos... ¡Compadre, quite usted hierro!

Los de lo libre, por el contrario, aunque van contentos porque les anima el espíritu de su afición, se muestran desesperanzados por el temor de no encontrar pieza alguna en todo el día.

Muy pocas estaciones después de la de Madrid empieza el desfile de cazadores.

Unos son esperados por los guardas del monte, con caballerías, para llevar los pertrechos y las personas.

Cambian los más amplios saludos con los guardas, que, mano en ristre, preguntan, aun-

que no os hayan conocido jamás, hasta por el gato de la casa.

Después de estas cortesías y de colocados los chismes en las caballerías, antes de emprender la marcha empieza el interrogatorio:

—¿Y cómo está el monte, Fulana?

Respuesta segura del guarda:

—Muy bueno, señorito. ¡Se van ustedes á divertir! En el camino para venir á buscarles he levantado tantos y cuantos conejos, varias liebres y dos ó tres bandos de perdices, algunas

de las cuales fueron apeonando delante largo rato, sin levantar el vuelo.

Oídos que tal oyen preparan los ánimos y todo es júbilo durante la caminata.

Piénsase en que quizá se habrán llevado pocas municiones, é *in mente* se hacen cábalas de reparto de las piezas á cobrar, entre los amigos y conocidos.

Larga y penosa ascensión, por malas veredas, conducen al monte. Durante el camino, alguno de los expedicionarios dió con su cuerpo en el santo

suelo, por un tropezón de la cabalgadura.

Al fin se llega á la puerta de la casa. Allí están la guardesa y un enjambre de hijos, todos los cuales miran con sorpresa á los cazadores por su rara indumentaria.

Se hace la cena con grande alegría, y á la cama, que es preciso madrugar.

Como en este primer día concurren al monte mayor número de cazadores que el de camas disponibles, se habilitan las que faltan con colchones en el suelo ó colocándose dos personas en cada cama.

Todo es contento en esta noche: los chistes se suceden sin interrupción, y nadie puede pegar los ojos.

Los más formales protestan de la algarabía, pero ni por esas: sigue el ruido y la noche avanza sin poder dormir.

Algunos, sin embargo, lo consiguen: son precisamente los que se sueltan á roncar en diferentes tonos y con estruendo de trombones.

A cierta expedición concurrían dos de los más afamados *roncadores*.

Los compañeros, queriendo librarse de estas molestias y ver de paso hasta dónde llegaba la competencia de ambos en dicha especialidad, pro-



Un buen rastrojo

curaron colocar las camas á ellos destinadas en una misma habitación independiente.

Llegó la hora de acostarse é hicieronlo á un tiempo nuestros dos héroes del ronquido.

A la mañana siguiente, uno de ellos, que se tenía por invencible en tan molesta música, dijo que su contrincante le había fastidiado, porque, según su propia frase..., *le cogió la delantera y no le había dejado conciliar el sueño.*

**

La luz de la mañana impacienta á los cazadores y los saca al campo con censurable pre-



Un descanso

mura, pues debieron aguardar á que la caza se tranquilizase y buscarse los resguardos para pasar el día.

No lo hacen así y consiguen que estando levantada se ahuyente y busque el refugio de las bocas y malezas, dificultando su encuentro.

A pesar de ello, como en estos primeros días no está muy escamada, pronto empieza el tiroteo, el correr de los perros, las voces de *jahi va muerto!*, *¡va d rastras!*, *¡tráelo, perrito!*, etcétera, etc., el desenfreno de ruido, con perjuicio de todos, porque la caza huye y se avispas bien pronto.

No tarda mucho tampoco en calmarse el fuego graneado con que empezó el día.

Hay individuo que corre el monte de punta á punta, y más bien que cazar lo que hace es encerrar la caza.

A estos andarines que creen que la caza se mata por pies les ocurre que van dejándosela atrás en una proporción de 90 por 100, aparte de que las pocas piezas que logran tirar las tiran en malas condiciones.

En cambio, el cazador tranquilo va registrando y escudriñando con la mirada hacia todos lados, sus perros cazan con más sosiego y logrará, seguramente, mejores resultados que el otro.

Y hasta la próxima, que ya he abusado bastante de vuestra paciencia.

ERRE

(Fots. de CAZA Y PESCA, por Palencia.)

UNA EXCURSIÓN PASADA POR AGUA

Desde que se levantó la veda para la caza de la codorniz, ardía en deseos de salir al campo, tanto por lo que la excursión pudiera distraerme como por el anhelo, muy natural en todo cazador, principiante ó no, de *entrenarme* para mayores y *más arduas* empresas. Pero todo se volvía dificultades. Las operaciones del acarreo y trilla de los cereales impedíanme en absoluto disponer de una caballería que me condujera á una vega distante de Soria (pues en esta población me encontraba).

Los coches correos ofrecíanme la ventaja de trasladarme á los pueblos situados á orilla de carreteras; pero salían tarde, y esto me imponía el sacrificio de empezar la cacería en las horas de más calor. Aparte de este inconveniente, el regreso tenía que hacerlo mucho antes de anochecer y corriendo el riesgo de quedarme á pie si el carruaje llevaba muchos viajeros.

Caballos de alquiler, no los hay en Soria, y los escasísimos vehículos (no llegarán á media docena) que en tan bendito pueblo pueden alquilarse son monopolizados por los que, sin razón alguna á mi juicio, llámanse, y lo que es aún peor, llaman los demás, *americanos*.

Estos individuos, que salieron de los más humildes pueblos de la provincia, hace algunos años, para *buscarse la vida* allá en las lejanas poblaciones argentinas ó en las ciudades de Méjico, regresan anualmente á lucir entre sus paisanos el producto de sus ahorros, y aunque comen excepciones honrosísimas, es lo cierto que la mayor parte son insoportables... Miran á los no comerciantes como á seres de raza inferior; hablan constantemente de *su plata*; emplean el *¡cómo no!* á cada paso, venga ó no venga á cuento, pues lo esencial es probar que *se les ha pegado el acento*; encuentran malo todo lo que España produce, y molestan lo posible á los que suponen con menos capital, sin perjuicio de que no gasten su dinero en beneficio de la provincia, ni funden escuelas, ni asilos, ni embellezcan sus aldeas urbanizando las calles, formando jardines, edificando hoteles ó casas baratas, construyendo puentes, caminos, etc., etc. Todo lo que se les ocurre es lucir una alhaja (de mal gusto generalmente), un jipijapa ó una maleta, que al emprender su viaje á la Península adquirieron para *epatar* á sus pobres convecinos.

Pues bien; estos *americanos* vienen, como

digo, todos los años, unos á establecer su retiro definitivamente en una misérrima casuca del pueblo natal, y otros á descansar tres ó cuatro meses y regresar á América, donde su fortuna exige un último esfuerzo para *redondearse*, y como la provincia de Soria es una de las que de veinte años á esta parte más gente envía allende los mares, cuando llega el verano puede decirse que comienza el imperio de los repatriados.

El vecino de la localidad, el forastero, el enfermo ó simplemente el caprichoso, son postergados en todas partes, y no es exagerado asegurar que no ha de dar un paso sin que tropiece con el inevitable hortera enriquecido.

El afán de aparentar, unido al natural deseo de procurarse algún regalo, les hace demandar lo poco que pudiera contribuir á hacer grata la estancia al forastero en estas tierras, y desde el pan ó la carne al más modesto carricoche, todo se lo llevan.

No extrañará, pues, el lector que el que esto escribe tuviese que luchar con dificultades que la pobreza del país hace casi insuperables, para organizar su cacería.

Por fin, y pagándolo mucho más que en los pueblos próximos á Madrid, pudimos encontrar un caballo y dos asnos, y acompañados de un muchacho, que voluntariamente se prestó á servirnos de morralero, salimos una mañana tres cazadores con dirección á la vega de Velilla, aldea no muy distante de la capital y próxima al cerro donde existió la inmortal Numancia.

Empezaba á amanecer. El suelo, húmedo por los chaparrones que durante la noche habían caído y el vientecillo fresco que enviaba la Sierra, hacíanos gratísimo el camino, camino que en su primera parte no puede ser más pintoresco, pues se desliza paralelamente al río por entre árboles gigantescos y montañas llenas de tomillares y canchalesos...

Al llegar á Garrejo, un caserío rodeado de verdura, preguntamos por el vado del Duero, pues para continuar hacia Velilla forzosamente teníamos que atravesar el río. El labriego á quien interrogamos tuvo la bondad de indicarnos el sitio, acompañándonos hasta la misma orilla, pero ¡allí fué nuestro primer apuro!

Las caballerías negábanse en absoluto á entrar en el agua. Palos, latigazos, frases *gruesas*... todo era inútil. Desesperados, viendo que el tiempo transcurría sin conseguir nuestro propósito, continuamos por la orilla en busca de otro vado donde fuese menor la profundidad del río, y ya en aquél conseguimos pasar dos de los excursionistas, pero el tercero, llevando el morralero á la grupa, pasó... ¡la negra!, pues su asno, temeroso de la corriente, seguía diciendo que *no*.

Nosotros, desde la orilla opuesta, nos reíamos de los apuros de aquellos dos hombres, obstinados en meter un burro en el agua, pero empezaba á disgustarnos tanta dificultad en los comienzos de la expedición. Por si ello no era suficien-

te, el sol se nubló y el día empezó á tomar un aspecto muy desagradable.

Una hora más tarde atravesaba ¡por fin! el río el tercer cazador; pero al llegar á la orilla, su cabalgadura, quizá por no resistir el peso de dos hombres, con morrales llenos de municiones, alforjas con víveres, escopetas, etc., echóse de repente, proporcionando á ambos jinetes un remojón y el susto que es de suponer.

Ya en tierra, continuamos todo lo deprisa que permitía el cansino andar de nuestros asnos hacia el ansiado cazadero; pero equivocamos el camino, y cuando, por haber advertido nuestro error, quisimos enmendarlo nos encontramos con que el *Merdancho*, un río lleno de fango y espadañas, nos lo vedaba tan por completo, que hubimos de resignarnos á llegar á Velilla media hora más tarde de lo que esperábamos, pues no existe en el trayecto más que un puentecillo, á la entrada del pueblo.

Decididos y alegres, á pesar de los contratiempos indicados, dejamos las caballerías en lugar seguro, desenfundamos las escopetas y, tras breve deliberación para escoger los sitios que más á propósito creímos á nuestros fines cinegéticos, nos separamos, y cada cual, con sus perros, comenzó á cazar.

Yo, que llevaba dos canes prestados, me interné por unas huerlas que existen á la salida del pueblo, esperando encontrar las codornices entre los patatares ó en los rastros que con éstos lindaban; pero á los pocos pasos me quedé sin un perro (y conste que no aludo al dinero), pues se oyó un disparo y los dos animalitos salieron de estampía, sin hacer caso de mis silbidos, llamamientos y furiosas imprecaciones. ¿Qué haría en caso semejante? Tragar quina, resignarme y buscar á los perros, de los cuales, sólo uno, *Milord*, consintió en seguirme á fuerza de halagos y caricias. Y de nuevo comencé á cazar, dirigiéndome á la vega.

Es ésta *extensísima*, regada por dos ríos y cruzada en diversas direcciones por infinidad de acequias amplias, guarnecidas de hierbajos y juncos. Parecía que las codornices debían hallarse á centenares... pues sólo conseguí ver una, que por cierto no maté. Seguí afanoso, esperanzado, seguro de que mi perro había de dar con algún rastro de un momento á otro, cuando de pronto comenzó á llover. Por fortuna, abundaban los árboles, y bajo uno de ellos aguanté el primer chubasco. Duró éste más de hora y media, por lo que, cuando abandoné mi refugio, la tierra estaba tan húmeda, que la marcha por los rastros hacíase muy penosa.

Llamé con la bocinilla á mis compañeros de excursión, pero nadie respondió; no se veía un alma en toda la vega. Estarán en el pueblo, guarecidos—pensé—, y me dirigí, cazando, hacia un villorrio que divisaba á no mucha distancia; pero antes de llegar hube de sufrir otro chaparrón, que aguanté estoicamente, pues á nadie

podía culpar de tanto contratiempo como me deparaba mi mala fortuna.

Mojado, sudando, fatigadísimo por la carrera que emprendí en vista de que arreciaba el aguacero, llegué á Renieblas, en cuyo templo, de amplio aunque modesto atrio, me refugié, diciendo como el *Caballero de la Triste Figura*, «con la iglesia hemos dado...»

Poco después llegaban mis compañeros, ¡pero en qué estado!

Uno de ellos, cazando por la orilla del río, resbaló en un montículo que, según frase muy gráfica, parecía estar enjabonado, y se fué al agua, de donde á duras penas pudo sacarlo el morrallero. El otro quiso pasar por el tronco de un árbol que, á modo de puente, hallábase tendido sobre el cauce, y pagó su atrevimiento con otro baño, que no fué precisamente de placer.

Y más tarde... ¡el diluvio!, pues comprendiendo que ya era igual chaparrón más ó menos, siguieron andando, hasta llegar á Renieblas, donde acordamos, en otro consejo, dejar la cacería para mejor ocasión y buscar una cocina en cuyo hogar *asarnos* si era necesario, que sí lo era. Y como se pensó hízose, gracias á la amabilidad de una buena mujer que nos brindó, Dios se lo pague, casa, lumbre y hasta ropa interior con que substituir la nuestra, de gran lujo, pues toda ella era *calada*.

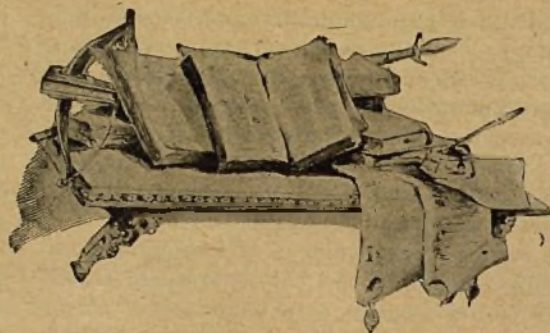
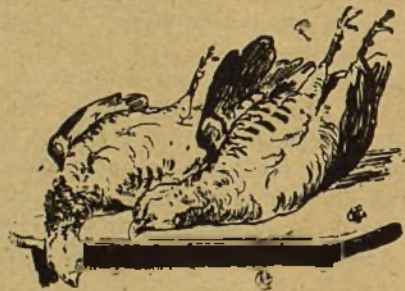
Confortados, reparadas nuestras fuerzas con los almuerzos, que también habían sufrido los efectos del agua, y algo más animosos, tuvimos la audacia de emprender, cazando, el regreso á Velilla, para montar allí en nuestras caballerías y trasladarnos á Soria; pero la lluvia se había propuesto jugarnos una mala pasada y no dejó de caer hasta media legua antes de la capital, donde entramos á las diez de la noche, por esquivar el vado de marras, hechos una sopa, medio desnudos, muertos de cansancio y ¡con cuatro codornices!

Después de esta excursioncita, pasada por agua, creo que á cualquiera se le hubiesen quitado las ganas de cazar y aun la afición á este ejercicio, que tantas y tantas molestias proporciona, pero, ¡que si quieres!...

¡¡Ya estamos preparando para fecha muy próxima otra cacería!!

¡Oh, la locura de la caza!

Un cazador novel



HOJEANDO PERGAMINOS

El Centenario de Jovellanos

Asociándose CAZA Y PESCA al homenaje celebrando en honor de aquel grande hombre que se llamó *D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, nada más grato á su memoria que la publicación de alguno de sus trabajos, y ninguno más indicado para esta Revista que la *Memoria sobre la policía y origen de los espectáculos y diversiones en España*, de cuya Memoria tomo lo concerniente á la caza, y dice así:

«... Pero la caza, parte privativa y necesaria entre los salvajes, vino á ser, si no el único, el más agradable divertimento de los pueblos bárbaros. Los que inundaron el pueblo romano, difundieron esta afición por toda Europa, y aun hicieron de ella un objeto de legislación y policía, como es de ver en la colección de leyes bárbaras. Fuera de la guerra, ningún ejercicio podía ser más agradable á aquellos pueblos, cuyo carácter, inculto pero activo, se avenía tan mal con la fatiga del espíritu como con el reposo del cuerpo, y no acertaba con el placer sino en medio de la agitación y violento ejercicio.

De la caza de fieras, más fácil, más agitada y aun más provechosa, se pasó, naturalmente, á la de aves, cuyo deleite era mayor porque lo era también su artificio y porque en ella empezaba á tener mayor cabida el ingenio. De aquí nació la división de la caza en aquellas dos famosas especies de *Montería* y *Cetrería*, que ocuparon y entretuvieron á la nobleza de Europa por tantos siglos.

El origen de la primera se pierde en los tiempos más remotos; de la última no es fácil señalar la introducción en España. Si se puede asegurar que no precedió á la dominación goda, puesto que los romanos no la conocían en tiempo de Vespasiano. Tal se infiere de un pasaje de Plinio, que, hablando de las aves de rapina, sólo describe la caza echada con ellas como ejercitada en cierto lugar de Tracia, junto á Amphípolis. Y como después ocurra frecuente mención de la caza de halcones en las leyes sálicas, longobárdicas, ripuarias y otras que establecieron en Europa los septentrionales, es de sospechar que á

nosotros nos las trajesen también los visigodos, por más que no se halle mención en sus leyes.

Ello es que, así de la caza de la montería como la de cetrería, se halla ya frecuente memoria desde los principios de la monarquía asturiana. Es bien conocida en la historia la afición que tuvo á la primera el hijo de nuestro D. Pelayo, muerto á manos de un oso en los montes de Cangas, y el mismo Favila, ó sea otro señor de su tiempo, se ve todavía entallado con su halcón en mano en el capitel de una columna de la iglesia de Villanueva, que fundó su cuñado y sucesor Alfonso el Católico. Esta representación es harto frecuente y repetida en otras esculturas de aquella edad, como lo es también en sus privilegios y donaciones la mención de estos cazadores con el nombre de *Venationes* y *Aztoreras*...

La nobleza pasaba en la caza los breves intervalos de paz que permitía la dura condición de los tiempos dada también al ejercicio y estrépito de las armas en este pasatiempo, que era una verdadera imagen de la guerra, y si alguna vez se recreaba *alanzando*, *bofordando* ó *rompiendo* tabladitos, no hacía más que variar la forma sin mudar el objeto de su imitación, pues que todo se reducía á ostentar pujanza y destreza en el tiro del *bofordo* ó *lanza*, arma principal del noble....

RUY LOPE

UN BUEN FILÓN

Hay un sinnúmero de aficionados al arte cinegético que se disputan los sitios donde cazar, y es feliz el que sabe de una rastrojera donde matar cincuenta codornices. Para éstos copiamos la noticia que nos da un periódico inglés, donde los codiciosos de caza podían encontrar un filón donde *dar gusto al dedo*.

En las inmediaciones de Benarés, ciudad de la India oriental, una manada de tigres asaltó días pasados un bengalow, durante la madrugada, dando muerte á cuatro viajeros europeos que se albergaban en él, y á un matrimonio indio que lo custodiaba.

Parece ser que en los junglares del Ganges se ha desarrollado cierta epidemia entre los animales feroces, y éstos, por instinto, se concentran en las selvas del interior, hasta el extremo de que se hace peligrosísimo alejarse de poblado durante la noche, y mucho menos hacer viajes á través de los bosques, sin que los viajeros vayan unidos en caravanas bien pertrechadas de armas y municiones.

Después de leer esto nos asalta una duda.

¿Saldrían los trenes tan repletos de aficionados, con escopeta y perro, si Benarés estuviera en Alcalá de Henares ó El Escorial?

CAZADEROS

Aviso á los propietarios y arrendatarios de montes

Desde el presente número queda inaugurada esta sección en las páginas de texto, con el título arriba indicado, en la cual podrán anunciar, al precio de 0,75 céntimos la línea, todos los señores propietarios y arrendatarios de montes de caza.

*

Se facilitan acciones de un vedado de caza próximo á Madrid, con abundancia de perdices, liebres y conejos.

Para más detalles, Hortaleza, 128, 3.º, señor Vegas.

*

Se arrienda la pesca de la «Laguna del Taray», 200 hectáreas de superficie, á cinco kilómetros de la estación de Quero (líneas de Andalucía y Valencia). Para más detalles dirijanse al señor marqués de Gallegos, Toledo.

QUEJA

La Sociedad de cazadores de escopeta «La Rama de Ripoll» (Gerona), se lamenta, con razón, de que el Ayuntamiento, por medio de sus dependientes, suministra bolas de estricnina para matar en las calles, públicamente, los perros que no pagan el arbitrio que tiene establecido sobre los mismos.

Este procedimiento merece todo género de censuras, por el espectáculo que ofrece al público, endureciendo sus sentimientos de compasión y amor á los animales.

Además, si el Municipio tiene legalmente establecido un impuesto sobre los perros, debe recoger los vagabundos ó los que no lo paguen ó cumplan con los requisitos que se exijan y conservarlos vivos durante unos días, en local á propósito, para que sus dueños puedan recuperarlos, mediante la multa correspondiente.

Así lo hacen en Madrid y en otros puntos de España. De esperar es que el Municipio de Ripoll modifique en este sentido sus procedimientos, para no merecer las justas censuras de que está siendo objeto.

Invocamos también y acudimos á la intervención del señor gobernador de la provincia, para que encauce el asunto por caminos más conformes con los humanos sentimientos.





JUNTO A LA HOGUERA

ENTRE BREÑAS

Pues señor, que llega el momento en que los cazadores aprestan sus artefactos de destrucción y sentimos un recóndito deseo de aplacar un tanto sus cinagéticos ardores con una narración de caza, narración que no es nuestra, preciso es confesarlo; la oímos una noche de invierno en una *cocinuca* obscura de la montaña, relatada por un pastor viejo, junto á dos troncos carbonizados que chisporroteaban entre el rescoldo del hogar, esparciendo un calorillo que resucitaba á un muerto... porque, lo que es fuera... caía la nieve repleta y á copo gordo.

Es el caso que por aquella tierra hay cazadores, verdaderos cazadores, hombres curtidos por la intemperie que viven solitarios en una choza escondida en los riscos, sin otra compañía que una escopeta de pistón vieja y resquebrajada y uno ó dos perros escuálidos como un *pinocho* seco.

En una de aquellas aldeas hubo un médico más bueno que un buen año, casado con una señora á carta cabal, y que por un capricho de la Naturaleza, quizá eso que llaman *salto atrás*, tuvieron un hijo... guapo mozo, pero con una cabeza... ¡válganos Dios y qué cabeza de chico!

Sacrificios sin cuento le había costado al pobre doctor que el muchacho hiciera el grado de bachiller, pero al fin pudo conseguirlo en gracia á que tuvo el acierto de encerrarle como interno en un colegio no muy caro. Llegó el momento en que se doblarían los sacrificios para dar al muchacho una carrera, que debía ser, á gusto del padre, la de abogado, y á este fin llevaron al chico á la corte.

Pasó los primeros tiempos... pueden ustedes figurárselo, desorientado, como gallina en corral ajeno, que decimos por acá; pero en cuanto le tomó la embocadura al vivir cortesano... ¡quién le sujetaba! Aquello era una bala perdida.

Diz que en una algarada de estudiantes se metió de veras mi buen Juan José... que así se llamaba, y quemó una bandera... y diz que si hizo ó no hizo; pues ¡hijo!, que me le formaron consejo de... de disciplina, creo que así lo decían, de disciplina, y me lo imposibilitaron para seguir estudiando. ¡Válgame! Mire *usté* que son... ¡Y todo por una diablura de muchachos... qué, después de todo, ni siquiera era malo!... Mala cabeza... travieso... eso sí, pero nada más. ¡Pues nada, sin poder estudiar más!

Pues lo llevaron al pueblo, y por allí andaba de paseante. El pobre padre se desesperaba, y el chico... ¡claro, lo que es la juventud! ni tan siquiera hacía aprecio de lo que le ocurriría si continuaba viviendo así, sin oficio ni beneficio. ¡No tardó mucho en saberlo, *rediez*, que la verdad es muy cruda!

Un invierno de epidemia, el médico iba y venía de una casa á otra repartiendo salud; pero se llevó el mal á la suya y el mal fué para todos. Un día ya no salió ni salió al otro... ni al otro... hasta que al cuarto... le sacaron... le sacaron para el camposanto, y allí pudre sus huesos el infeliz al pie de un ciprés y junto á los de su señora, que le siguió á los quince días.

¡Pobre Juan José! ¡Estaba solo en el mundo, y bien solo! No tenía rincón ni persona adonde volver la cara, ni sabía más oficio ni profesión que correr los cerros en todo tiempo detrás de los jabatos ó de los rebecos, que entonces más que ahora los había. ¡Qué remedio! Fué cazador de oficio y por fuerza lo fué, que cuando el hambre acosa, piedras se comen y... ¡buenas

son!, dice el estómago. Fué cazador y fué solitario y vivió en una choza en el monte, que ni casa tenía ni quien se la diéra. Y ¡qué lástima! Porque era guapo y juncal y cumplido como pocos, y hasta aquella locura de cabeza se le había ido con el hambre, como dejan las olivas el amargor en la salmuera.

Juan José cazaba en la montaña como un desesperado, como una fiera, toda la semana, y cuando conseguía una buena presa, con su res á la espalda y los perros detrás, bajaba á la ciudad y allí la vendía y canjeaba su precio por hogazas de pan, pólvora, plomo, aceite y demás menesteres indispensables al sostenimiento de su vida.

Apenas si trataba más seres humanos que algún pastor descarriado, que sólo llegaba á aque-



llas alturas en tiempo de calor ó cuando un bando de perdices le arrastraba hasta las alquerías del vallé ó cuando un rastro de jabato le llevaba hasta la jurisdicción de otro colega solitario como él; juntos llenaban en este caso las toscas pipas de acebo y cambiaban impresiones cinegéticas durante una hora y se separaban de nuevo hasta que otro rastro perdido volviera á juntarles.

No obstante su vida selvática y aislada, Juan José conservaba reminiscencias imborrables de su ilustración primera, y en sus provisiones no olvidaba nunca unos cuantos cuadernillos de papel de barba, plumas y tinta con que rellenar su

lintero de cuerno. Nuestro solitario Nemrod, en sus ocios escribía y hasta hacía versos; su alma juvenil, á falta de otras expansiones propias de su edad, encontraba en el papel un campo limpio y espacioso, un confidente cariñoso á quien confiar, con forma más ó menos perfecta, su sentir, pujante y fecundo.

Una mañana Juan José se había levantado de buen humor. Cerca de su choza cantaban galleando los pollos de perdiz. Los dos perros del cazador venteaban el aire, nerviosos, aguardando impacientes una orden de marcha de su dueño. Por fin, la orden esperada por los canes salió de labios de Juan José; retiró éste el haz de retama que servía de puerta á la choza y el joven cazador respiró á pecho lleno el aire fresco de la mañana, encendió su pipa y se puso en marcha. Pronto los perros, con el hocico pegado al suelo y moviendo nerviosamente la cola, indicaron el rastro de las perdices. Cien pasos más allá, uno de los canes quedó parado, inmóvil, como una escultura de bronce; sólo en su cuerpo se veía movimiento en los ojos, que alternaban la mirada de reojo entre su dueño y la maraña que tenía delante; paró el otro perro á su lado, y á una orden breve, seca, imperiosa, de Juan José, los dos animales entraron en el espesar. Ruido violento de alas batió el aire y el bando de pollos igualones levantó el vuelo; alzó el cazador su desvencijado armatoste, cerró con las perdices, sonaron dos tiros y dos pollos rodaron al suelo, donde los parros, hábilmente amaestrados, los cobraron, llevándolos á manos de su amo, que los colgó en el cinto. La vista de halcón de Juan José siguió al bando fugitivo en su vuelo, dispuesto á continuar su persecución. Habían bajado hacia la vega y Juan José bajó tras ellas. Llegó donde estaban, repitióse la escena anterior y el bando quedó mermado en otros dos pollos, que fueron á parar al cinto del cazador. Nuevamente el vuelo de las perdices continuó hacia la vega y hacia la vega continuó la marcha de Juan José.

Allá, á las diez de la mañana, el sol se desplomaba sobre el campo con tropical ardor, la sed secaba las fauces de nuestro héroe y en tres kilómetros á la redonda sólo se podía encontrar agua, Juan José lo sabía muy bien, en la Alquería del sauce. No obstante, vacilaba en ir á aquella finca, á pesar de la sed devoradora. No le faltaban motivos para esta vacilación. Juan José, aun en medio del aislamiento en que vivía, también tenía su historia triste de amores, como suele tenerla todo hombre que pasó de los veinte años.

En la Alquería del sauce estaba la moza que había sabido llegar al corazón del cazador. Lo más triste de aquella historia es que la muchacha le quería; la figura esbelta, la gallardía y más aún el hablar culto de Juan José, excepcional entre hombres de su clase, la habían cautivado y pensaba en él con deleite, como piensan los niños en las cosas buenas; pero el padre...

el padre ponía el grito en el cielo, pensando en que la hija que él había criado con tanto esmero acabase en mujer de un *solitario*, de una alimaña montaraz sin sentimientos (así decía él), sin oficio ni bienes ni hogar siquiera donde caerse muerto.

La sed pudo más que las vacilaciones de Juan José y encaminó sus pasos á la Alquería. Allí, bajo el fresco emparrado, junto al pozo, hacía labor y pensaba en amores la joven heredera de la finca.

Al llegar el mozo al emparrado, no pudo reprimir una exclamación de inquietud y de sorpresa, viendo al objeto de sus amores.

—¡Juan José! ¿Tú aquí?—exclamó la moza al verle.

—La sed me ha traído.

—¿La... sed nada más?

Un asomo de coquetería, de esa coquetería femenil que hasta el obscuro rincón de la aldea penetra, la hizo hablar así, con incrédula sonrisa.

—¡Angelilla!—dijo apasionadamente Juan José, y se apoderó de la mano blanca y cuidada de la rica labriega. Ella no opuso resistencia á aquel desbordamiento de amor, y con los ojos arrasados de llanto y el rostro encendido de rubor, presentó la frente á Juan José y éste la besó apasionadamente. En aquel momento, una voz bronca, desde la puerta de la Alquería, increpaba al cazador atropelladamente con todo el vocabulario de insultos campestres más atroces y ofensivos.

Los dos perros gruñeron hostiles, pero la voz de su dueño los aquietó con una amenaza. Este no contestó á los groseros insultos que le dirigían; miraba al suelo y apretaba convulsivamente el cañón de su escopeta, sin osar levantar el arma por respeto al padre de la mujer que amaba. Cachazudo y humilde acercóse al pozo, bebió agua y, sin pronunciar una palabra de despedida pero pálido de cólera, volvió la espalda y emprendió de nuevo la marcha á la montaña.

Al primer encuentro con las perdices, descargó

de nuevo su escopeta y aumentó el botín; pero al cargar, ya no puso en el arma perdigones: rebuscó en los bolsillos del raído chaleco y sacó dos balas, que dejó caer en los cañones de la escopeta, y alacó cuidadosamente. Volvería á las cumbres, á los breñales solitarios á saciar su encono en las reses, y á buen seguro que aquel encono encontraría víctimas. Llegó á su choza, comió poco, escribió largo rato y, ya muy vencida la tarde, salió á las cumbres solo, sin perros y con semblante huraño.

Cauteloso, sin ruido, escrutando con mirada sagaz, de lobo, huellas de pesuña en los pedregales pizarrosos de los picos más altos, avanzaba Juan José, sublime en su selvática labor, transfigurado como un cazador de epopeya alemana.

Al trasponer una pequeña cumbre oyóse ruido extraño entre unos matorrales; rodaron violentamente algunas piedrecillas y dos magníficas cabras saltaron de entre el breñal. Cerró Juan José con el macho, sonó el tiro, silbó una bala y el animal, dando un salto formidable, dió en tierra con el hocico; pero no estaba muerto; levantóse de nuevo y siguió avanzando con carrera desigual. El cazador le seguía á distancia.

Por fin, el macho, falso de fuerzas, echando espuma de sangre por la boca, tumbóse al borde de un abismo y allí dejó llegar á su matador. Desenvainó el mozo su acerado cuchillo, aferró con una mano el robusto cuerno, pero al hundir el hierro en el pecho del animal, éste, en un esfuerzo supremo, saltó al vacío, arrastrando consigo al cazador. Oyóse un grito desgarrador en el aire, dos golpes secos en el fondo del barranco y después... nada. El silencio misterioso de los desiertos volvió á reinar en la montaña.

A la mañana siguiente, el pastor á quien oímos esta historia encontró en el barranco una cabra montés y un hombre despeñados, cubiertos de sangre.

De uno de los bolsillos del hombre salía un papel, que el pastor se atrevió á coger y que ha llegado á nuestras manos. Calma tu curiosi-



dad, lector, porque á continuación te lo transcribimos.

En el papel había la siguiente rústica poesía :

NO SABEN LO QUE ES

Desgarrarse la piel en jirones
siguiendo á una pieza,
allá arriba, en los picos del monte,
perdido en las breñas...
Derribarla, y terciada en los hombros,
llevarla á vender
desde el monte á lejanas aldeas...
¡Qué saben lo que es!...
Recorrer en invierno los riscos
pisando en el hielo,
mientras mil remolinos de nieve
blanquean los cerros...
la escopeta montada y al brazo,
sin ver una res,
y volverse sin pan á la choza...
¡Qué saben lo que es!...
Aguantar el calor del verano
que abrasa la cara,
respirando un ambiente de polv
seca la garganta...
Jadeante, buscar una fuente
que apague la sed,
y encontrarse la fuente sin agua...
¡Qué saben lo que es!...
Escuchar en el hondo barranco
el eco del trueno,
repetido en mil quiebras distintas
cual voz del infierno.
Resistir las ventiscas de otoño,
que cortan la tez...
Trabajar en los picos del monte...
¡Qué saben lo que es!...

Guillermo J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)

TIRO DE PICHÓN EN TOLEDO

El Club Cinagético de Toledo, de cuya importante Sociedad forman parte distinguidos aficionados, aprovecha cuantas ocasiones encuentra para dar muestra de su entusiasmo por el sport del tiro de pichón, al propio tiempo que ofrece atractivo á las fiestas, siempre notables, de aquella capital.

Y que en ella ha arraigado el nuevo espectáculo pruébalo la numerosa concurrencia que acude á las tiradas, el interés que despiertan las luchas entre los tiradores, y, más que nada, la presencia de señoras y señoritas, guapas todas, que con sus encantos completan el cuadro de animación y color de la fiesta.

En los días 18 y 19 del corriente se han celebrado dos tiradas, con premios, en la siguiente forma:

DÍA 18

Primera tirada.—«Shooting-out» á un pájaro. Entrada: 5 pesetas. Excluída un cero.

Premio.—El 80 por 100 de las entradas.

Tomaron parte once tiradores, y ganó D. Pedro Martos, que mató tres pájaros sin hacer cero, cosa que no consiguieron los demás.

Se celebró después la rifa y subasta de escopetas, siendo ambas cosas muy animadas, y se procedió á la

Segunda tirada.—Premio de la Sociedad. A diez pájaros. Entrada: 20 pesetas. Excluyen tres ceros.

Primer premio.—Una copa y el 40 por 100 de las entradas.

Segundo premio.—El 40 por 100 de las entradas.

Se inscribieron los Sres. Trelles, Losada, Domínguez, Cabañas, Romillo, Díaz (L. y F.), Ortiz, Echevarría, Martos, Cuchet, Arellano, Ruano C. y Reus.

Después de animada lucha por haberse hecho bastantes ceros y entrar varias veces los tiradores excluidos á igualar con los otros, partieron los dos premios en metálico los Sres. D. José Reus, D. Leopoldo Díaz y D. Celestino Trelles.

Ganó la copa de la Sociedad D. Leopoldo Díaz, que mató ocho pájaros haciendo tres ceros.

Tercera tirada.—Dos premios para señoras y señoritas. A seis pájaros. Entrada: 10 pesetas. Excluyen dos ceros.

Primer premio.—Un objeto y el 40 por 100 de las entradas.

Segundo premio.—Un objeto y el 40 por 100 de las entradas.

En esta tirada tomaron parte los mismos señores, con excepción del Sr. Cabañas.

Ganaron, D. Antonio Losada el primer premio, que mató siete pájaros con un cero, y D. Florentino Díaz el segundo, con seis pájaros y dos ceros.

Las señoritas favorecidas con los dos premios de los tiradores que ganaron, lo fueron Carmen Moreno Pérez con el primer premio, y Socorro Pachón Silíceo con el segundo. Los obsequios fueron un tarjetero de preciosa construcción y repujado, de la fábrica de armas, y un elegante bolsillo de plata.

DÍA 19

Primera tirada.—«Shooting-out» á un pájaro. Entrada: 5 pesetas. Excluída un cero.

Premio.—El 80 por 100 de las entradas.

Tomaron parte los doce tiradores que se enumeran en la segunda tirada, y lo ganó D. Leopoldo Díaz, que mató tres pájaros seguidos.

Segunda tirada.—Premio de la Sociedad. A diez pájaros. Entrada: 20 pesetas. Excluyen tres ceros.

Premio.—Una escopeta.

Intervienen para disputarse el premio los señores Reus, Trelles, Losada, Martos, Ortiz, Ro-

millo, Díaz (F.), Díaz (L.), Ruano (C.), Domínguez, Echevarría y Cuchet.

La tirada entretiene agradablemente al selecto público que la presencia, y se aplauden varios tiros difíciles.

A la octava vuelta se quedan solos tirando los Sres. Díaz (L.) y Romillo.

Al noveno pájaro hace cero el Sr. Romillo y gana el premio D. Leopoldo Díaz, que mata los diez seguidos sin errar.

Es aplaudido al retirarse de la cinta y muy felicitado.

Tercera tirada.—Dos premios para señoras y señoritas. A seis pájaros. Entrada: 10 pesetas. Dos ceros excluyen.

Primer premio.—Un objeto y el 40 por 100 de las entradas.

Segundo premio.—Un objeto y el 40 por 100 de las entradas.

Toman parte los mismos socios que en la anterior.

Después de reñida é interesante lucha, resultan vencedores los Sres. D. José Reus, cuya escopeta había cabido en suerte á la señora doña Juana Regañón de Echevarría, y D. Julián Romillo, que luchaba por doña Filomena Caballero de Martos.

Las dos señoras fueron obsequiadas, respectivamente, con una elegantísima sombrilla con estuche de raso y un reloj pulsera de oro con estuche de terciopelo, en los que, con repujado de la fábrica de armas, figuraba la dedicatoria.

Como final de fiesta se jugaron varios *poules* en caja y á brazo.

*
**

Al siguiente día 20 organizaron una tirada los socios Sres. Piga, Moreno, Cortecero, Rossi, Rodríguez, Moraleda, Martín, Ruano, Calzadilla, Priede, Loaisa (E.), Moro y Loaisa (J.).

Tiraron primero un Shooting-aut de prueba y á continuación la tirada á ocho pájaros, excluyendo tres ceros, con derecho á igualar y disputándose una escopeta belga.

Sin grandes luchas entre los competidores, pero sí mucha animación, ganó el premio D. Arturo Moreno, quien mató siete pájaros haciendo un solo cero en una de las vueltas.

Como siempre, terminó la tarde tirándose varios *poules* á brazo.

Nuestra enhorabuena á los distinguidos tiradores de Toledo.



Consultorio jurídico de "Caza y Pesca."

Consulta

Señor director de CAZA Y PESCA.

Desearía saber á qué distancia de poblado se puede disparar la escopeta de caza.

Dispense la molestia y gracias anticipadas de su seguro servidor, A. G. R.

Resolución

Según los preceptos legales, no puede dispararse la escopeta sino á la distancia de un kilómetro de poblado; pero el art. 32 de la vigente ley de Caza y el 59 del Reglamento para su aplicación, preceptúan que en las épocas de recolección ó sementera pueden tirarse las palomas á cualquier distancia, y si ésta es menor de los mil metros se debe colocar el tirador de espaldas al palomar.

Como *donde la ley no distingue no cabe distinguir*, se pueden tirar las palomas aun dentro de poblado, con la sola condición de volver las espaldas al palomar.

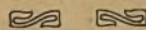
Consulta

En el mes de Mayo dí muerte á un hurón y reclamé el premio que señala la ley, y me fué recogida la escopeta por usarla en tiempo de veda, siéndome denegado el referido premio. ¿Es esto posible y justo?—H. A. y C.

Resolución

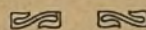
La caza de animales dañinos es libre con arreglo al art. 65 del Reglamento para la ejecución de la vigente ley de Caza; pero no se pueden emplear armas de fuego durante el período de veda.

En los presupuestos de los Ayuntamientos deben incluirse las cantidades para recompensar á los que dan muerte á los animales dañinos. Pero, ¿qué Ayuntamiento de cualquier pueblo de España no tiene descubiertos y débitos?



SECCIÓN BIBLIOGRAFICA

En esta Sección daremos cuenta de todos aquellos libros de los cuales se nos remitan dos ejemplares.



NOTICIA

En la semana última ha desaparecido del domicilio de su dueño una perra de caza Braco Dupuy, blanca mosqueada, sin que haya podido hallarse su paradero. Atiende por Diva. Se ruega á nuestros lectores de esta corte que, de encontrarla, se sirvan dar aviso en las oficinas de este periódico, donde se les gratificará, si así lo desean.